

DE LA INFAMIA A LA VIRTUD. REFORMULACIÓN DE *DE MULIERIBUS CLARIS* EN *LE LIVRE DE LA CITÉ DES DAMES* DE CHRISTINE DE PIZAN¹

*FROM INFAMY TO VIRTUE. REFORMULATION OF DE MULIERIBUS CLARIS
IN CHRISTINE DE PIZAN'S LE LIVRE DE LA CITE DES DAMES*

Emily Pilar Pelegrí
Universidad de Buenos Aires
pelegr.emily@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Giovanni Boccaccio
Christine de Pizan
Mujeres ejemplares
Hipertextualidad

En 1405, Christine de Pizan presenta Le Livre de la Cité des dames como un alegato en defensa del género femenino contra el discurso misógino de su época. Allí la autora reúne numerosos relatos de mujeres ejemplares provenientes de la tradición grecolatina, la Biblia, las vidas de santos y la historia de Francia. Una de sus principales fuentes es el libro De mulieribus claris, de Giovanni Boccaccio. A diferencia de Christine, el autor no expone únicamente biografías de mujeres virtuosas, sino de aquellas que alcanzaron notoriedad “por cualquier hazaña”, sean dignos de ser imitados o no. Lo llamativo es que Christine también se sirve de estas últimas para componer su libro. Para presentarlas como modelos de virtud, la autora reformula su hipotexto, en algunos casos, de forma drástica. Nuestro objetivo es comparar ciertos pasajes de ambas obras a fin de identificar algunas de las estrategias utilizadas por Christine para convertir en modelos virtuosos los retratos negativos compilados por Boccaccio. Centraremos el análisis en las biografías de Semiramis, Medea y Ceres, que el autor marca con connotaciones negativas y en cuya reescritura Christine despliega una variedad significativa de procedimientos.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Giovanni Boccaccio
Christine de Pizan
Exemplary women
Hipertextuality

In 1405, Christine de Pizan presented Le Livre de la Cité des dames as a defense of the feminine gender against the imperating misogynistic discourse of her time. In the book, she gathered numerous portraits of exemplary women from the Greco-Roman tradition, the Bible, the lives of saints and the history of France. One of the book's main sources was Giovanni Boccaccio's De mulieribus claris. Unlike Christine, the author's aim was not to present only virtuous women: he compiled the biographies of women who achieved fame “for any deed”, whether they constituted examples to imitate or to avoid. Considering this, the fact that Christine has used the latter to compose her book turns out to be striking. To show those women as models of virtue, Christine reformulated her hypotext, in some cases, drastically. Our purpose is to compare certain passages of both works in order to identify some of the strategies used by Christine to turn the negative portraits compiled by Boccaccio into models of virtue. We will focus the analysis on the biographies of Semiramis, Medea and Ceres, which are marked with negative connotations by Boccaccio, and in whose reformulation Christine makes use of a variety of procedures.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue expuesta originalmente en las XXXII Jornadas Nacionales de Literatura Francesa y Francófona y III Congreso Internacional de Literatura Francesa y Francófona organizadas por la AALFF (Asociación Argentina de Literatura Francesa y Francófona), en mayo de 2019.



Recibido: 17/06/2019

Aceptado: 02/08/2019

En el *Libro de la Ciudad de las Damas*, de Christine de Pizan, publicado en 1405, la figura alegórica de Razón expresa su propósito de que construya una ciudadela donde las mujeres puedan defenderse del discurso misógino. Para lograrlo, la autora utiliza como “materiales” las historias de mujeres famosas provenientes de la tradición grecolatina, la *Biblia*, las hagiografías y la historia de Francia. Dada la finalidad del libro, todas las mujeres presentadas constituyen modelos ejemplares de los que se destacan diversas cualidades positivas.

Una de las fuentes principales utilizada por Christine es el libro *Mujeres preclaras*,² de Giovanni Boccaccio, escrito unos cuarenta años antes. Como señala Diane Desrosiers-Bonin (2008: 300), tres cuartos de los libros I y II del *LCD* provienen de allí. Sin embargo, aquella hace un uso muy particular de ese hipotexto (Genette 1989), introduciendo cambios que le confieren tanto a los relatos como al libro en su totalidad un sentido diferente del planteado por Boccaccio.

De acuerdo con lo expresado por el autor italiano en la dedicatoria y en el prólogo, su intención no es mostrar únicamente damas virtuosas, sino también a las que han alcanzado la fama “por cualquier hazaña” (*MP*: 60), incluso si cometieron actos infames. Gracias a esta amplitud en el criterio de selección, el narrador va delimitando, a través de los retratos y los comentarios que realiza, los rasgos que considera virtudes y los que marca con una carga negativa. Así, si bien *MP* parece tener menos una finalidad moralizante que una de entretenimiento, Boccaccio propone las historias de estas mujeres también a modo de *exemplum*, tanto positivos (*in bono*), para “impulsar a los generosos hacia la gloria”, como negativos (*in malo*), “para estimular la huida y el odio del crimen” (*MP*: 60).

En el *LCD*, en cambio, únicamente se presentan biografías que funcionan como modelos de virtud. Lo llamativo es que, en muchos casos, se trata de historias que en *MP* están claramente marcadas como *exemplum* negativos, de infamia: con el doble fin de refutar el discurso misógino y de erigir un determinado tipo de mujer ejemplar, Christine reformula su hipotexto, en algunos casos, de manera drástica.

En este trabajo compararemos ciertos pasajes de *MP* y de *LCD* con el fin de identificar algunas de las estrategias utilizadas por Christine para convertir en relatos ejemplares elogiosos los retratos negativos compilados por Boccaccio. Centraremos el análisis en las biografías de Semíramis, Medea y Ceres, presentes en el Libro I.

Los primeros capítulos del *LCD* están dedicados a refutar los ataques más frecuentes del discurso misógino de la época, los cuales consisten en asignarles como propios del género femenino diferentes vicios, defectos y limitaciones. Allí Christine señala que uno de los dichos “que encierra los mayores reproches hacia nosotras” es el de que “Dios creó a la mujer para llorar, charlar e hilar” (*LCD*: 27). Mientras que este proverbio parece confinar el género femenino al ámbito de la vida familiar y doméstica, los retratos evocados en el Libro I lo desmienten, al

² En adelante, en este trabajo se emplearán la sigla *LCD* = [El libro de] *La ciudad de las damas* y *MP* = *Mujeres preclaras*. Las citas corresponden a las ediciones mencionadas en la sección “Bibliografía”.

presentar mujeres que demuestran haber tenido una actuación destacada dentro de la esfera pública y comunitaria. Lo que se reivindica en la mayoría de ellos es la aptitud de sus protagonistas para desempeñarse de manera sobresaliente en actividades a las que su género tenía poco o nulo acceso: el ejercicio del poder político, el estudio (en especial, el filosófico y teológico), la administración de los negocios y el desarrollo de las ciencias, las artes y la técnica.

La historia de Semíramis es particularmente significativa en el *LCD* ya que Razón la describe como la piedra basal de la ciudad. El hecho de que la base de la ciudad sea una reina guerrera que gobernó un imperio sirve como prueba para la hipótesis que subyace al Libro I: las mujeres tienen capacidad para todo, incluso para ostentar el poder político y liderar ejércitos. Además, Semíramis es una constructora de ciudades y fortificaciones, lo cual refuerza la figura autoral de la propia Christine, quien, en términos alegóricos “erige” con su pluma la Ciudad de las Damas.

Un elemento susceptible de ser tenido en cuenta al comparar *MP* y el *LCD* es la forma en que los autores presentan a sus protagonistas, ya que sirve como indicio de lo que cada uno destaca de ellas. Boccaccio introduce a Semíramis como “una insigne y antiquísima reina de los Asirios” (*MP*: 66), con lo que pone en primer plano su fama, su antigüedad, su estatus social y su pertenencia étnica; ninguno de estos atributos puede considerarse una virtud en sí misma o un mérito de la protagonista. En cambio, Christine comienza el capítulo diciendo que aquella fue “una mujer heroica, resuelta y llena de valor” (*LCD*: 36), tres virtudes que la reina legendaria alcanzó por sus obras y que se repetirán en diferentes retratos del *LCD*. En este detalle ya puede leerse la perspectiva que sostendrá cada autor: mientras que Boccaccio tiende a quitarles mérito por sus logros a las mujeres preclaras, Christine, tal vez más en consonancia con un pensamiento humanista, se esfuerza por destacarlos como fruto del esfuerzo y las virtudes individuales. Esto se ve también en la explicación que cada uno da sobre el linaje divino de Semíramis. Boccaccio lo atribuye a “la afición a lo fabuloso propia de los antiguos” (*MP*: 66) e infiere que la reina debía proceder de una familia noble. Christine hace una interpretación alternativa que enfatiza las cualidades guerreras de la reina: “Alcanzó tal grado de excelencia en el ejercicio y la práctica de las armas que la gente de su época, a la vista del poder de su imperio sobre la tierra y el mar, afirmaba que era hermana del gran dios Júpiter e hija del viejo Saturno” (*LCD*: 36-7).

Otro cambio de perspectiva efectuado en el pasaje de *MP* al *LCD* se relaciona con la atribución de ciertos rasgos como propios de los hombres o de las mujeres. En su capítulo sobre Semíramis, Boccaccio explica que, luego de enviudar, la reina “con astucia muy femenina, imaginó una enorme falacia y engañó ante todo al ejército del marido muerto” disfrazándose de varón y haciéndose pasar por su hijo, gracias a lo cual “desmintiendo su sexo, llevó a cabo muchas obras grandes e ilustres, propias de varones esforzados” (*MP*: 67). Entre esas obras ilustres se incluye el haber tomado las armas “con ánimo viril”. Por otra parte, en una escena, la describe “reposando en el ocio” y en la “ocupación mujeril” de peinarse “con femenina habilidad” (*MP*: 68). De este modo, Boccaccio asocia las grandes acciones y la fortaleza de carácter a lo masculino, mientras que describe como propio de las mujeres actividades y rasgos con connotaciones negativas: la astucia, el engaño, el ocio y “la ocupación mujeril” del peinado, símbolo de vanidad relacionado a la lujuria.

Como señala Rosalind Brown-Grant (2003: 138), Boccaccio parece seguir la idea esencialista de base pseudo-etimológica sostenida, entre otros, por Isidoro de Sevilla, según la cual la virtud es naturalmente masculina y la debilidad, femenina: lo propio del “vir” sería la “virtus”, mientras que, en comparación con aquel, la “mulier” es “mollier” (más suave, más débil). Uno de los objetivos del *LCD* es desarticular esta doctrina. Así, en su versión de Semíramis, la reina cabalga al lado de su

marido, ejerce su poderío “según la mejor tradición caballeresca” y logra “tan destacadas hazañas que su heroica fuerza estuvo a la altura de la de los hombres más ilustres” (*LCD*: 37).

Al contrario de Boccaccio, que considera la fuerza y la valentía como propias del hombre y viriliza, por ende, a las mujeres que las poseen, Christine borra los epítetos y comentarios que asignan tales virtudes a un género u otro. Tal vez por este mismo motivo, omite completamente el episodio del travestismo en la historia de Semíramis. La única concesión (*concessio*) que les hace a los hombres es la de poseer cuerpos más fuertes, pero, como se observa en otros capítulos del Libro I, como el de la lucha entre Menalipe e Hipólita contra Hércules y Teseo (*LCD*: 143 y ss.), en el texto se relativiza la importancia de la fuerza física: un cuerpo débil no implica cobardía, ni uno fuerte, valentía; y, por más que los hombres tiendan a ser más fuertes, las mujeres también pueden serlo.

Pero Christine no se conforma con mostrar a Semíramis como una guerrera “a la altura” de los hombres, sino que apela a la figura de la *amplificatio per comparationem* descrita por Quintiliano y explicada por Curtius (2017, I: 235) como el tópico panegírico del “sobrepujamiento”: “El que desea ‘alabar’ a alguna persona o encomiar alguna cosa trata de mostrar a menudo que el objeto celebrado sobrepasa a todas las personas o cosas análogas”. De esta manera, Christine sostiene que la reina “Dirigió sus fuerzas a la India, donde jamás se había atrevido ningún hombre a llevar la guerra” (*LCD*: 37) y que “llevó a cabo empresas sin fin, siendo tales sus hazañas que los libros no recogen la historia de ningún hombre cuyo valor haya sido más alto o los hechos más prodigiosos o memorables” (*LCD*: 38). La autora también amplifica las virtudes de Semíramis mediante la sintaxis, utilizando con cierta profusión las construcciones consecutivas ponderativas “tan... que”, “tal... que” y “tanto... que”.

Si bien, en un primer momento, Boccaccio reconoce el mérito de Semíramis como guerrera y gobernante, en la segunda mitad del capítulo se dedica a echarlo por tierra. Adoptando el estilo del vituperio, la describe como una mujer obscena y lujuriosa que “se unió con muchos hombres”, incluido su hijo, “lo que parece más bestial que humano” (*MP*: 69). Hacia el final del capítulo, ella ha pasado a ser una bestia lasciva, incestuosa, homicida y despiadada, por lo cual el matricidio cometido por su hijo se presenta casi como un acto de justicia deseable. De este modo, así como Dante la condena al infierno de los lujuriosos (*Commedia, Inferno*, V, vv. 52-60), Boccaccio termina erigiendo la historia de Semíramis como un *exemplum in malo*.

No obstante, Christine logra “neutralizar” los aspectos menos favorables de la leyenda mediante una serie de procedimientos. En primer lugar, disminuye al mínimo el espacio y el detalle dedicado a la sexualidad de la reina, omitiendo para ello información: solo menciona que “algunos la han censurado por haberse desposado con el hijo que tuvo con su marido” (*LCD*: 38), pero no dice nada sobre sus amantes asesinados, su embarazo y la muerte a manos de su hijo. En segundo lugar, tras utilizar la figura de la concesión (“También es cierto que...”, “Ciertamente...”), se dedica a explicar las razones de su conducta exponiendo como argumento principal la falta de leyes de aquella época antigua. Con lo cual, sin dejar de censurar el incesto, Christine termina exculpándola:

Ciertamente fue una falta grave, pero algo excusable puesto que no regían leyes escritas [...]. Si ella hubiese pensado que obraba mal y podía merecer algún reproche, no cabe duda de que jamás hubiera actuado así, porque tenía el corazón demasiado noble para llevar a cabo un acto tan indigno y deshonesto (*LCD*: 38).

Como observa Maureen Quilligan (1988), mientras las reflexiones de Boccaccio apuntan a justificar el matricidio perpetrado por el hijo, Christine argumenta para perdonar el incesto de la madre. Esta relativización del mensaje moral de los textos según quién es el autor se explicita cuando la figura alegórica de Derechura critica los libros de contenido misógino y señala que “esos libros no fueron escritos por mujeres” (*LCD*: 119).

Como ya se ha descrito, en el retrato de Semíramis, Boccaccio encomia, hasta cierto punto, las hazañas bélicas de la reina, pero luego pasa a denostarla por su lujuria y crueldad. Para reformular este hipotexto, Christine amplifica los rasgos positivos y disminuye u omite los negativos.

El caso de la reina Medea es diferente, ya que, en el capítulo dedicado a ella dentro de *MP*, Boccaccio la presenta desde un inicio como “cruel ejemplo de antigua perfidia” (*MP*: 110) y prácticamente no le atribuye ninguna cualidad digna de elogio. Si bien destaca que nadie la superó en su conocimiento de las propiedades de las hierbas y que podía controlar de diferentes modos los elementos, esa descripción forma parte de su caracterización como una hechicera “entendida en maleficios” (*MP*: 111). El capítulo está compuesto por una enumeración de las “locuras” y “atrocidades” de la protagonista y finaliza con un comentario moralizante acerca de la necesidad de censurar la mirada para evitar caer en seducciones y desgracias:

Si Medea los hubiera cerrado con fuerza [a los ojos] o los hubiera dirigido hacia otra parte, en vez de dirigirlos con avidez hacia Jasón, se hubiera mantenido el poder de su padre, la vida de sus hermanos y el ornato de su virginidad perdida, cosas todas que perecieron por la impudicia de los ojos (*MP*: 113).

De este modo, la inclusión de esta suerte de catálogo de “delitos” queda justificada como un inequívoco *exemplum in malo*.

No obstante, Christine incorpora a Medea dentro de su Ciudad como un modelo virtuoso. Para hacer esa conversión del signo negativo al positivo, fue fundamental el marco del retrato y la estructura narrativa del *LCD*. Como se ha mencionado, el Libro I está dedicado a demostrar la aptitud de las mujeres para desempeñarse en cualquier actividad. En ese sentido, así como Semíramis es una evidencia de que las mujeres son capaces de ser líderes guerreras y políticas, Medea es una muestra de que también tienen una disposición para el conocimiento. Luego de hablar de las guerreras y gobernantes, Razón da ejemplos de mujeres que accedieron al estudio y a “las más elevadas ciencias” (*LCD*: 63), como la filosofía y la teología. En el capítulo xxxi, Razón introduce a “la virgen Mantoa”, dotada del “arte o ciencia adivinatoria”, que “se tenía en gran estima” (*LCD*: 68). Entonces, al presentar a Medea en el capítulo siguiente, recurre a la figura de la atenuación o lítotes, diciendo que “no estaba menos familiarizada con aquellas artes practicadas por Mantoa” (*LCD*: 71). De esta forma, Medea aparece como una experta más en esa rama del conocimiento, la cual está despojada de la connotación negativa que tenía en *MP*. El marco narrativo le permite a Christine centrarse en los saberes de la protagonista y omitir completamente el relato de sus desventuras, aun a costa de que el retrato quede sintetizado en un solo párrafo. Además, al desligar la magia de toda asociación oscura o diabólica y presentarla como un saber legítimo, Christine también aprovecha la ocasión para hacer partícipe a la reina del heroísmo de su amante: “Fue gracias a sus encantamientos como Jasón conquistó el Vello de Oro” (*LCD*: 71).

Para convertir en modelos virtuosos a Semíramis y Medea, Christine de Pizan se ve en la necesidad de lidiar de diferentes maneras con los datos poco favorables que su hipotexto le brinda acerca de ellas. En cambio, para convertir en *exemplum in bono* a Ceres, debe polemizar directamente con el propio Boccaccio. En *MP*, este describe a Ceres como una reina de gran talento que con sus inventos aplicados a la agricultura, como el arado y la reja, cambió la alimentación de los hombres, “acostumbrados hasta entonces a alimentarse de frutos y bayas silvestres” (*MP*: 76). En principio, no le achaca ningún defecto ni falta, sino incluso todo lo contrario. Pero luego entra en una digresión, que ocupa más de la mitad del capítulo, al expresar que duda entre alabarla o reprobarla, ya que, aunque las técnicas que introdujo permitieron pasar del nomadismo a la vida en las ciudades, este cambio también liberó todos los vicios que la civilización trae aparejados. Su conclusión nostálgica por la mítica “Edad de Oro” implica, por tanto, la decisión de vituperar a Ceres. Brown-Grant (2003: 158-60) señala que esta postura, según la cual se ve un proceso de decadencia humana a lo largo de la historia, no es propia solo de Boccaccio, sino que era la actitud prevalente tanto en la cultura clásica como en la medieval.

Christine de Pizan, probablemente consciente del peso de esta tradición, se extiende sobre el tema a lo largo de varios capítulos. En el XXXV, Razón hace el retrato de la reina Ceres enumerando y amplificando, por acumulación, la información brindada por Boccaccio. Luego menciona el paso del nomadismo a las ciudades y agrega: “Gracias a esa mujer, el mundo se alejó del estado salvaje y rústico para adoptar los modos de vida propios de la urbanidad, es decir, racionales y civilizados” (*LCD*: 78). Como cierre del capítulo, Razón explica que sus coetáneos la veneraron como diosa por los beneficios que obtuvieron de ella, pero no hace ninguna referencia a los males de la civilización. En el capítulo XXXVII, Razón critica la ingratitud de los hombres que no les reconocen a las mujeres sus inventos. Se defiende de posibles objeciones aclarando: “Que no se me diga que mi argumentación es parcial, porque yo retomo a Boccaccio, cuya autoridad es indiscutible” (*LCD*: 80). No obstante, tras un nuevo encomio a Ceres y otra recriminación a los hombres ingratos, en el capítulo XXXIX, Razón expresa:

Pese a Boccaccio y a quienes opinan como él que el descubrimiento de técnicas que mejoran la alimentación y el bienestar del cuerpo humano fue una desgracia para el mundo, yo en cambio, afirmo que cuantos más beneficios y dones depara Dios al mundo mayor es nuestra obligación hacia Él (*LCD*: 84).

La apelación a Dios es su estrategia para darle un cierre definitivo a la polémica, ya que refutar ese argumento implicaría el riesgo de caer en una herejía. Así, luego de afirmar que los bienes no son buenos o malos en sí mismos, sino que dependen de lo que se haga con ellos, Razón recuerda que:

Cristo mismo nos dio ejemplo utilizando cosas excelentes como el pan [...] todos recursos indispensables que no habría utilizado si fuese mejor vivir de bellotas y bayas silvestres. Pagó además, gran tributo a Ceres cuando bajo la especie del pan dio en el rito de la comunión su glorioso cuerpo a hombres y mujeres (*LCD*: 84).

Con esta reformulación de su hipotexto, según observa Brown-Grant (2003), Christine de Pizan parece ser una de las primeras autoras tardomedievales en argumentar a favor de los efectos positivos de la civilización y los inventos humanos.

Para concluir, en el capítulo II, Razón hace explícita la estrategia de la autora en el trabajo con sus fuentes: “Yo te recomiendo que des la vuelta a los escritos donde desprecian a las mujeres para sacarles partido en provecho tuyo, cualesquiera que sean sus intenciones” (*LCD*: 9).

Aunque Christine nunca acusa directamente a Boccaccio de misógino, en la práctica le da a *MP* aquel tratamiento indicado para “los escritos donde desprecian a las mujeres”. Incluso “saca partido” del nombre del autor, utilizándolo para legitimarse cuando lo menciona como fuente. Aquel respeto por una autoridad “indiscutible” queda rápidamente desmentido, al atreverse a plantear su desacuerdo en torno al mito de la Edad de Oro.

Siguiendo la alegoría propuesta por ella, podemos pensar que, para poder ganarse un lugar entre los escritores de su tiempo, Christine, una mujer desempeñándose en un oficio “de hombres”, debe utilizar como punto de partida los materiales que tiene a disposición, incluso si provienen de construcciones misóginas. Sin embargo, recreándolos y reorganizándolos a su manera, logra sentar las bases para erigir un canon nuevo.

EMILY PILAR PELEGRÍ es graduada de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde es adscripta a la cátedra de *Literatura Europea Medieval*.

Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante. 1982. *Comedia. Infierno*. Barcelona: Seix Barral.
- BOCCACCIO, Giovanni. 2010. *Mujeres preclaras*. Madrid: Cátedra.
- BROWN-GRANT, Rosalind. 2003. *Christine de Pizan and the Moral Defense of Women: Reading Beyond Gender*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CHRISTINE DE PIZAN. 1995. *La ciudad de las damas*. Madrid: Siruela.
- CURTIS, Ernst Robert. 2017. *Literatura europea y Edad Media latina*. México: Fondo de Cultura Económica. Volumen I.
- DESROSIERS-BONIN, Diane. 2008. De l'exemplum à l'exemplar vivant dans la *Cité des Dames* de Christine de Pizan. En: J. Arnaud y S. Steimberg (eds.), *Les femmes et l'écriture de l'histoire (1400-1800)*. Rouen: Universités de Rouen et du Havre, pp. 299-307.
- GENETTE, Gérard. 1989. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.
- QUILLIGAN, Maureen. 1988. Allegory and the textual body: female authority in Christine de Pizan's *Libre de la Cité des Dames*. *Romanic Review*. 79, 1, 222-48.